

FUNDAMENTOS DEL DESARROLLO

Todo el mundo, en este país venezolano, habla del subdesarrollo. Todos protestamos contra el subdesarrollo. La simple habla, tanto como la protesta, prueban que todos tenemos la experiencia de tan negativa realidad. Todos, en verdad, la conocemos por vista de ojos. Lo que no tenemos muy claro, a pesar del conocimiento dicho, son los fundamentos capitales del subdesarrollo. Si no son los que pretendemos aclarar, por ahora, son por lo menos muy semejantes. (Nosotros, por si las moscas, no somos politólogos).

El primer fundamento del subdesarrollo venezolano, sin el menor asomo de duda, es la discontinuidad administrativa. Esta discontinuidad resulta trágica. Y, claro está, se manifiesta en dos facetas distintas. Una: cada vez que se instala un nuevo régimen, cualquiera que sea, la burocracia es renovada de raíz. En cada oficina pública son nuevos los empleados. Y son nuevas las directrices del trabajo. Y es nuevo casi todo. Cada nuevo jefe, en estos casos, llega a inventar la Pólvora. Y la otra: cada nuevo régimen, al comenzar a trabajar -si es que trabaja- deja, exactamente en el sitio en que quedaron, todos los trabajos que adelantaba el precedente. Para muestras basta un botón. Mejor dicho, dos. Nuestra famosa **Autopista a La Fría. El Helicoide** de Caracas. La autopista no se toca, ni con el pétalo de una rosa, porque la inició Caldera. El helicoide menos, porque lo empezó Pérez Jiménez. ¿Qué tal?

Ahora bien. No podemos discutir el que la burocracia es el segundo fundamento que decimos. En cada una de nuestras oficinas públicas sobra, cuando menos, el cincuenta por ciento de los funcionarios. (En días recién pasados, por la televisión, el Director de Ince, en Caracas, respondía sobre el principal problema de la institución. Tenemos, dijo el director citado, once mil empleados y sólo necesitamos quinientos). (El profesor Rodríguez, ex rector de nuestra Unet y colaborador de este mismo diario, nos decía, a propósito de las Universidades, que, si a éstas el gobierno les suprimiera el cincuenta por ciento del presupuesto, funcionarían de verdad) ¿Qué tal?

La discontinuidad administrativa, como hemos visto, es trágica. Pues bien. Trágica es, de la misma manera, nuestra burocracia. Lo es por la sobrecarga de empleados. Lo es, además, por la ignorancia que demuestran todos estos funcionarios respecto a la función que supuestamente -sólo supuestamente te-desempeñan. En nuestra burocracia, lo mismo en una humilde Alcaldía que en un Ministerio y hasta en Miraflores, nadie sabe nada de nada. Por esto y con todos los perdones del caso, a la burocracia hay que llamarla como debe llamarse, en buen castellano: burocracia. Y santas pascuas. Pero, surge una inevitable pregunta. ¿Por qué tanta burocracia?.

La burocracia es consecuencia, indudablemente, del tercer fundamento del subdesarrollo. Nos referimos al más siniestro de todos. Al más trágico de todos. Al que lo re-Sume todo de un solo pepazo. Es la famosa y nunca bien ponderada como se debe, partidización. En este desventurado país, ningún funcionario, ningún empleado, ningún humilde obrero, nadie, lo que se dice nadie, tiene acceso al trabajo público si carece del carnet del partido. Al aspirante a trabajo, cualquiera que sea éste, no se le piden sus credenciales académicas, ni sus referencias gremiales pongamos por caso, sino su condición, demostrada documentalmente, de compañero del partido. Entre nosotros, tiene que ser del partido, sin apelación posible, desde el jefe del Estado hasta sumas insignificante cocinera. No importa que ni el uno ni la otra no sepan ni firmar. Son del partido y basta y sobra. ¿Qué tal?.

Camaradas lectores. Estemos, de una vez por todas, de acuerdo. ¿En qué? Pues, en que podemos excusar de toda su abominación, como quien no quiere la cosa, la discontinuidad administrativa. Y en que novemos disculpar de su pavo-rosa infamia a la burocracia. Y, haciendo un esfuerzo íntimo casi de dimensión cósmica, en que podemos pasar por alto la desventurada, la ridícula, la increíble partidización. Lo que sí no podemos dejar de lado, ni a tiros, es otra / cosa. La impunidad para con loa delitos contra los bienes del estado.

A los venezolanos, sin discriminación posible, se nos ha metido en la cabeza desde que padecemos de la cursilísima democracia que padecemos a tiempo completo, que el secreto de la dicha está en el dinero. Y, a este ritmo, a robar tocan. Nos hemos vuelto, desde nuestro último gobernante propiamente tal, los ladrones profesionales más notables de toda Hispanoamérica. En Venezuela roba, que da miedo, el bedel; y roba el policía; y roba el soldado; y roba el general; y roba el ministro; y roba el embajador; y roba el rector; y roba el cónsul; y roba el maestro de escuela; y roba el secretario; y roba el juez; y roba, a manos llenas, el primer magistrado. Nos parece, de pronto que